ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA.

EL HERRERO DE CHATEAUDUN

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

DE

DON EDUARDO MALVAR
Y
D. BENITO CHAS DE LAMOTTE.

MADRID.
CEDACEROS, 4, 2.º IZQUIERDA.

1887.

AUMENTO Á LA ADICION AL CATALOGO DE 1.° DE JUNIO DE 1884.

COMEDIAS Y DRAMAS.

Homb.	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Administración.
2	2	A caza de 50 duros	1	D. Adolfo Gil Porro	Todo.
3	3	Afortunado en el juego-j. o. p.	1	Sres. Rubio y Rivero	»
4	2	A la luna de Valencia	1	M. Martínez Barrio nuevo.	»
4	3	Á tiempo vino mi herencia	1	Antonio Clavero	»
2	2	A vivir—j. o. p.	1	Ramon de Marsal	»
5	1	Bou-Amema	1	José Fambuena	»
»	»	Conflicto matrimonial	1	Julian García Parra	»
»	1	¿Cual de los dos? (monologo)	1	Francisco Soriano	»
2	2	Diente por diente—j. o. v.	1	Fiacro Iráyzoz	»
4	2	El rellogat	1	Francisco Soriano	»
5	1	El Marsellet	1	Estanislao Mañez	»
5	2	El habit no fá el fraré	1	Estanislao Mañez	»
»	»	El ramilete	1	Augusto E. de Mádan	»
»	»	El sereno equis	1	Augusto E. de Mádan	»
3	1	El tercer partido	1	Santiago Gascón	»
3	1	El tren del matrimonio	1	Salvador M.ª Granés	»
3	2	¡El Coco!	1	Francisco Flores García	»
»	»	Entrés por un punio	1	Eusebio Sierra	»
»	»	Felicidades	1	Juan Pérez Zúñiga	»
4	2	Fer les cartes	1	José Fambuena	»
1	3	Golondrina	1	Miguel Ramos Carrión	»
3	2	Hoy se casa mi sobrina	1	Antonio Clavero	»
6	1	Ingeniosa caridad	1	Manuel Diaz de Arcaya	»
6	3	Jugar al Moscardon	1	Julio de las Cuevas	»
4	2	La Botigueta	1	José Fambuena	»
3	3	La familia del miñó	1	Francisco Soriano	»
2	2	La señá Condesa	1	Sinesio Delgado	»
1	3	La Golondrina	1	Miguel Ramos Carrión	»
4	2	La vareta d'els desichos	1	Ricardo Escorihuela	»
4	2	Las consecuencias	1	Juan Alemany	»
4	3	Levantar la caza	1	Pedro de Gorriz	»
3	2	Lo que no ve la opulencia	1	F. Postigo y Acejo	»
5	2	Lo más dels Estornells	1	Pablo Montellá	»
3	2	Los corridos	1	Ramón de Marsal	»
4	3	Los tocayos	1	Vital Aza	»
2	5	Lucha de hermanos	1	Enrique Alvarez	»
1	»	Llorens (monologo)	1	Francisco Soriano	»
»	»	Matrimonios á duro	1	Augusto E. de Mádan	»
4	3	Mixto de inglés y canario	1	Francisco Flores García	»
»	1	Noche-buena (monologo)	1	Francisco Soriano	
8	6	Pepa la frescachona, ó el colegial desenvuelto	1	Ricardo de la Vega	»
4	3	¡Pelaez!—j. o. p.	1	Monasterio y Caldeiro	»
3	2	Ploramiquis	1	Francisco Soriano	»
4	1	Por una errata	1	Enrique Alvarez	»
»	»	¿Quiere V. comer con nosotros?	1	Mariano Barranco	»
»	»	Recuerdos de un baile	1	Augusto E. de Mádan	»
»	1	Selets	1	Francisco Soriano	»
»	»	Sin comer	1	F. Brito	»
»	»	Susana	1	Enrique Prieto	»
11	5	Ultramarinos	1	Tomás Luceño	»
1	5	Un décimo de la loteria	1	Enrique Alvárez	»
5	1	Un franses de Rusafa	1	Francisco Bellido	»
4	1	Un franses en almasera	1	José Fambuena	
2	2	Una casa de locos	1	Adolfo Gil Porro	»
5	2	En fin... me parece bien	2	Francisco Bellido	»
4	4	L'Hermanico	2	José Fambuena	»
3	4	La señora de Matute	2	Pedro de Gorriz	Mitad.
»	»	Lo blanco negro	2	Pedro de Gorriz	»

EL HERRERO DE CHATEAUDUN.

A Bueno,

[illegible]

EL HERRERO DE CHATEAUDUN

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

DE

D. EDUARDO MALVAR

Y

D. BENITO CHAS DE LAMOTTE.

Estrenado con general aplauso en el Teatro de NOVEDADES. la noche del 24 de Diciembre de 1886.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.
Atocha, 100, principal.

1887.

PERSONAJES.		ACTORES.
ELENA	Doña	Concepción Marín.
SUSANA		Emilia Torrecilla.
RUFINA		Manuela Moral.
INÉS		Julia Panfil.
EDUARDO		Candelaria Carrión.
JULIÁN		Carolina Huertas.
DANIEL STAUBEN	Don	Federico Carrascosa.
PEDRO ROLDÁN		Juan Casañer.
ROBERTO		Antonio Mata.
ANSELMO		José Capilla.
NUÑO		Hilario Fernández.
JUSTO		Eduardo Fraile.
CASTO		Ramón Benedi.
FLORIÁN		Alba.
VALENTÍN		Rafart.
TENDERO		Jerez.
NOTARIO		Molina.

Obreros, obreras y pueblo.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa la extremidad de la población. Á la izquierda del espectador, el exterior de una fragua con la siguiente muestra: «PEDRO ROLDÁN, HERRERO» Á la derecha, y en primer término, tienda de peluquero con una enorme vacía y cuadro, bajo él cual se lee: «JUSTO, PELUQUERO.» En segundo término, el exterior de una taberna. En el foro derecha, camino inclinado. Campiña en el horizonte.

ESCENA PRIMERA.

ROBERTO, y á poco DANIEL.

Al levantarse el telón no hay nadie en la escena. Óyese el sonido de los martillos sobre el yunque de la fragua. Un mozo sale de la taberna y coloca sillas y mesas por la escena bajo el cobertizo del segundo término. Óyese un coro de la *Marsellesa* en la fragua, durante el cual aparece por el foro ROBERTO con traje de tratante rico. Se sienta frente á la taberna, y el mozo le sirve de beber.

ROB. ¡Sí! ¡sí!... ¡Celebrad la salida del sol, y saludad vuestras groseras herramientas!... ¡Y decir que yo envidio á estas gentes!... ¡No tienen sobre qué caerse muertos... todo el santo día están agobiados sobre el yunque, y cantan! ¡y son felices!... (Levantándose colérico.) ¡Y es esta casa infectada de carbón, donde vive y respira!... ¡Le hablan... y ella sonríe á esos soeces!.. ¡Sin

fijar los ojos en mí! ¡Todos me desdeñan!... Á nadie soy simpático!... ¡Tengo dinero!... ¡mucho dinero! ¿Y para qué me sirve? (Da un puñetazo en la mesa; el mozo se acerca, lo paga, y Daniel aparece por el foro izquierda.)

DANIEL. ¡Hola! ¿Sois vos, señor Roberto?... ¿Quereis hacerme la merced de indicarme la casa de Durán el cordelero? ¡Su mujer está muy enferma, y voy á emplear todos los recursos de mi ciencia para salvarla!

ROB. (Con sonrisa maliciosa.) Siempre estais dispuesto cuando se trata de hacer una buena acción: (Con intención.) para ir á casa del cordelero, habeis tomado el camino más largo. Pero, comprendo; quisisteis pasar por delante de la fragua de Pedro. No importa dar algunos pasos más ó ménos, ¿no es verdad, señor Doctor?

DANIEL. ¡Decididamente, no hay manera de haceros entrar por el buen camino! Lo siento por vos: algún día, cuando el remedio sea tardío, quizá os arrepintais. ¡Creedme, amigo mío, estais enfermo, muy enfermo!

ROB. Pues siendo así, haced por curarme. (Con ironía.)

DANIEL. Hé ahí una cura que jamás emprendería.

ROB. Os bromeais sin duda, Doctor. Abusais de mí porque teneis talento, elegante figura y distinguida educación, mientras que yo, soy un pobre tratante en caballos... ¡un miserable chalán!... ¡Pero si vos poseeis ciencia, yo tengo dinero, lo cual vale más!

DANIEL. Nunca he tenido la menor idea de burlarme de vos... os lo aseguro. ¡Ea! hasta más ver... ¿Decís que la casa de Durán está?...

ROB. ¿Y así os vais, sin dar siquiera los buenos días á vuestro amigo Pedro?

DANIEL. Si mi sagrado deber no reclamase mi presencia cerca de una desgraciada que sufre, seguramente que iria en seguida á estrechar la mano de Pedro y la de la señorita Susana. (Movimiento de Roberto.) Si por acaso los veis, os ruego les digais que volveré muy pronto, (Fija una mirada en Roberto que permanece inmóvil y vase por el foro.)

ESCENA II.

ROBERTO, y luégo JUSTO.

ROB. (Después de una pausa.) ¡Parece que se burla de mí!... ¡Pardiez; ya sabemos, señor doctor, que difícilmente dejaríais trascurrir un día sin venir á la fragua á gozar con las sonrisas y dulces miradas de Susana!... (Dirigiéndose á la peluquería y gritando.) ¡Hola, maestro Justo!

JUSTO. (Saliendo de la tienda. Estará vestido de moda muy atrasada. Chaleco con grandes solapas, frac azul con faldones cortos, corbata exuberante, pantalón de Mahón, botines... etc. Cabellos grises muy alborotados.) ¡Servidor vuestro! ¡Voto á Sanes! ¡He aquí un cielo azul que nos presagia un día magnífico!

ROB. ¿Sois vos el encargado de abrir la tienda? ¿Y vuestro dependiente?

JUSTO. ¿Casto? ¡Oh, pobre muchacho! ¡Ese no se separa un momento de la tienda! ¡Y todo por velar por mi esposa! La sigue por todas partes como si fuera su sombra. ¡Me quiere tanto el pobre chico, que se ha convertido en celoso guardián de mi honor conyugal! ¡Así es, que desgraciado de aquel que se atreva á ofenderme!... ¡*Él*, es verdad, es algo pesado; pero es muy fiel!

ROB. Y la maestra, ¿qué dice á todo eso?

JUSTO. ¿Ella?... ¡Pobrecilla!... Con tal que almuerce bien, coma y cene, lo demás no le importa nada.

ROB. Está bien. ¡Venid á despacharme, buen hombre!

JUSTO. (Ofendido.) (¡Buen hombre! ¡Me carga este tío!) No puedo ahora. Voy en busca de las cotidianas provisiones... (Casto aparece á la puerta de la tienda.)

ESCENA III.

LOS MISMOS y CASTO.

CASTO. Maestro, ¿está el chocolate á la lumbre?

JUSTO. (¡Ya pareció aquello!) No, hijo mío; no está á la lumbre, porque voy á buscar la leche.

CASTO. Es que la maestra se impacienta...

JUSTO. ¿Ya se ha despertado?

CASTO. Sí; y buena suerte teneis el que vele yo por vuestro reposo y por la paz de vuestro hogar.

JUSTO. (Es muy fiel, pero es una de nuestras primeras calamidades.)

CASTO. ¡Id, pues, á la casa de vacas, hombre confiado! Yo me quedo velando por vos. Y si el barón viniera á mirar con ojos tiernos á la maestra, no hay cuidado, yo estoy alerta y ojo avizor...

JUSTO. ¡Pero qué cargante estás con tu solicitud! ¡Yo no veo que nadie se ocupe en rondar á mi mujer! Y además, ¿qué puedo yo temer del barón?... Yo he peinado á su abuelo, á su padre, y lo peino á él en el día de la fecha.

ROB. (Que ha subido al foro, baja lentamente, y manifestando impaciencia, da una patada en el suelo.) ¿Se me despacha, sí... ó no? (Justo y Casto dan un salto.)

JUSTO. ¡Ah! Sí; el señor quiere servirse. ¿Puedes tú hacerlo?

CASTO. Sí; pero no estoy dispuesto á que esto se repita.

JUSTO. (¡Qué amable es!... ¡Pero leal y adicto á mi persona, eso sí!) (Vase foro izquierda.)

CASTO. ¡Que no tardeis, porque la maestra y yo estamos desmayados! (Mútis. Invita á Roberto á que entre en la tienda, y ambos desaparecen. Óyese en este momento el toque de una campana en la herrería. Los obreros en traje de trabajo, van saliendo de las fraguas. Al mismo tiempo llegan por diferentes términos varias mujeres con cestas y provisiones. Entre ellas está Inés; entre los obreros, Anselmo, y Nuño, viejo contramaestre.)

ESCENA IV.

ANSELMO, NUÑO, INÉS y mujeres del pueblo.

OBRER. ¡Buenos días, chicas!

MUJS. ¡Buenos los tengais! (Los obreros se instalan cerca de la taberna y se disponen á comer.)

ANS. Dame el pan.

NUÑO. ¡Venga el queso!.... ¡y al aire las navajas! ¡Comed y bebed! (En este momento se oye cantar dentro una canción. Después del canto atraviesan el foro Eduardo y Julián, vestidos al estilo del país, pero de una manera pintoresca.)

ESCENA V.

LOS MISMOS, EDUARDO Y JULIÁN.

JULIAN. Ánimo, Julián.

INES. ¡Dos mendigos! ¡Alto, Anselmo, y parte tu comida con ellos!

JULIAN. (Acercándose á los obreros.) Mis buenos señores; ¡Eduardo, á quien teneis presente, no ha tomado alimento desde ayer!... y como no se atreve á pedir, lo hago yo en su nombre.

INES. ¡Para ambos habrá, muchachos; no hay que apurarse! Pronto; que cada cual ceda una pequeña parte de su comida para estos pobres muchachos.

TODOS. ¡Sí! ¡sí! (Cada cual da parte de su comida.)

JULIAN. ¡Pero, Dios mío! ¿Cuándo podremos acabar con tanta comida? (Después de recoger lo que le habrán dado.) ¡Gracias!... (Á todos.) ¡Oh! ¡Gracias! Ayer, en las tabernas de estos contornos hemos cantado y recogido algunos céntimos... pero esta noche.., en el camino... ¡un vagabundo nos ha robado!

EDUAR. No llores, compañero; pues mientras haya una canción en nuestros labios, no faltarán monedas en nuestros bolsillos.

INES. ¿Pero, cómo podeís cantar sin tomar alimento?

JULIAN. Á la fuerza no hay resistencia.

EDUAR. En las mesas en que se nos invita, pagamos nuestro escote con una canción nacional, ó con un antiguo refran de boda... ¡Qué quereis! también en ocasio-

nes los pájaros tienen hambre y frío, y no por eso dejan de cantar!

Ans. ¡Bien, muchacho! Ven aquí, y echa un trago de mi bota (Eduardo bebe.)

Ines. ¡Dame tu gorra, que voy á pedir por tí! (Toma el gorro de Eduardo, se dirige á los obreros, y cada uno de ellos deposita su óbolo. Roberto aparece en la puerta de la peluquería y se adelanta. Inés le vó, y le presenta el gorro.)

ESCENA VI.

LOS MISMOS y ROBERTO.

Rob. ¡Yo no doy á esos vagos! ¡Todos estos mendigos, son unos ladronzuelos!

Todos. ¡El chalán!

Eduar. ¿Quién se atreve á llamarnos ladrones?...

Rob. ¡Yo! ¿Acaso te ofendes, bribón?

Eduar. (Adelantándose hacia él.) ¡Nosotros no somos ladrones! ¡Somos dos desgraciados, y lo que acabais de decir es una infamia! ¡Respetad la indigencia, y doleos de nuestra suerte!

Rob. ¡Dios me perdone!... ¡Tú te atreves á reprenderme!... (Pedro Roldán sale de la herrería, y se apoya en un enorme martillo á la puerta. Traje de faena: el rostro y las manos tiznadas. Mandil de cuero.) ¡Vamos, dejad el paso libre! ¡Fuera estorbos!

Eduar. La plaza es bastante ancha, y por lo tanto, con solo echaros á un lado ó á otro, se dirime la cuestión!

Rob. ¡Descarado, ganapán! (Coge á Eduardo por un brazo, y le pega. Pedro se adelanta, y asiendo á su vez á Roberto por la solapa como si fuera una pluma, lo envía rodando.)

Pedro. ¡Veamos si os atreveis á tocarle! (Movimiento general.)

ESCENA VII.

LOS MISMOS y PEDRO ROLDÁN.

Ans. ¡Bravo!... ¡Rompedle el alma, maestro, que bien lo merece!

PEDRO. ¿Será preciso que haga con vos lo que se me acaba de decir?

ROB. (Tratando de pegar á Pedro.) ¡Señor Pedro!

PEDRO. (Sujetándolo por un brazo.) ¡Es muy bonito lo que acabais de hacer!... ¡Pegar á un niño! ¡Abusar de la fuerza con el débil, es la mayor de las cobardías! Merecíais que...

ROB. ¿Intentais vos hacer, lo que me estais reprochando? ¡Abusar de vuestra fuerza!

PEDRO. (Soltándole.) Teneis razón. ¡Despejad pronto!... Esta es la segunda vez que os veo de esta suerte. Tratad de que esto no se repita... ¡por qué entónces!... ¡Id con Dios!

ROB. (Á media voz.) ¡Eres fuerte, pero yo soy más sagáz que tú!... (Vase por el foro, mirando con descaro á cuantos personajes quedan en escena.)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS menos ROBERTO.

JULIAN. ¡Gracias, señor, por haberme librado de la cólera de ese hombre!

EDUAR. (Con tono varonil.) ¿Y qué hubiera podido hacernos? ¿Acaso no estaba yo dispuesto á todo?

PEDRO. (Mirando á los chicos.) ¡Y los muchachos son muy templados! ¡Vaya un par de caras!. . ¡Pero qué digo!... Acaso un hombre de mi temple... un hombre de hierro, debe entregarse á estas tiernas afecciones! Vamos. (Se aparta y se dirige al yunque que estará á la entrada de la herrería. Los chicos dan gracias á los obreros, se cogen de la mano, y se dirigen al foro. Pedro entonces los llama, y los trae al primer término.) ¿Decidme, no teneis á nadie en el mundo? ¿Ni padre... ni madre?...

JULIAN. Yo no tengo á nadie... fuí encontrado en el campo... en una noche de estío. ¡Verdad es que desde entonces suelo cenar y dormir al aire libre! ¡Cuestión de costumbre!...

EDUAR. ¡Como yo, Julián!

JULIAN. ¡Oh!... ¡es que tú!... eres mucho más afortunado que yo. Aquella señora del velo que iba á verte en cierta época, era sin duda algo tuyo..

PEDRO. ¡Á verle!... ¿Dónde?

EDUAR. Á la casa en que estábamos encerrados desde que nacimos. Allí hemos vivido mucho tiempo, y no éramos felices por cierto! ¡Por lo más sencillo se nos castigaba duramente, se nos encerraba en un calabozo, y no nos daban de comer!

PEDRO. (Indignado.) ¿Es posible?

EDUAR. ¡Muy posible! Julián lloraba...

PEDRO. ¿Y tú?...

EDUAR. Yo cantaba porque se me había metido en la cabeza que aquello no podía durar mucho.

PEDRO. Decididamente, eres mozo resuelto.

EDUAR. ¡Pardiez!... Por entonces, y cierta noche, hago que Julián se levante; no queria porque tenía miedo... Pero por fin cedió... Abandonamos el dormitorio, bajamos al jardin... Este temblaba como la hoja en el árbol...

PEDRO. ¿Y tú?

EDUAR. Yo... temblaba también, pero lo disimulaba. Tuve que servirle de escala para saltar por encima del muro, pero una vez fuera... ¡qué alegría! He aquí á mi buen Julián que estuvo á punto de desmayarse. ¡Hacía dos días que no nos daban de comer! Me dijo: —«Sálvate tú solo y déjame á mí.»—¡Que si quieres! le contesté, y cogiéndole en mis brazos, emprendimos la fuga confiados en la bondad de Dios.

INES. ¡Pobrecillo!

EDUAR. Desde entonces, recorremos el mundo viviendo como los pájaros que revolotean á nuestro alrededor... Julián no es muy afortunado, porque no puede soportar los fatigas de las marchas; pero yo gozo con respirar al aire libre, y saludar el primer rayo de sol al abrir los ojos. ¡Recorro los campos! Ya tengo libertad, y se

me figura que cuando ésta se obtiene, ya no es posible desear más.

PEDRO. ¡Vive Dios, que tienes un carácter que me seduce! Vamos á ver: la mendicidad no es una posición social. Decidme; ¿qué oficio quisiérais aprender?

JULIAN. ¡Yo deseo ser soldado! ¡Tambor, para meter mucho ruído.

PEDRO. ¡Lo menos tambor mayor!... (Á Eduardo.) ¿Y tú?

EDUAR. ¡Yo quisiera ser oficial!

PEDRO. ¡Ea! Ya tenemos en campaña un oficial y un tambor mayor. Pero mientras, es preciso que os dediqueis á otra cosa: ¿no os gustaría ser de mi oficio? ¿Ser herreros?... Aquí teneis una muestra.

EDUAR. No me disgustaría.

JULIAN. Ni á mí tampoco, porque también es oficio que mete mucho ruído.

PEDRO. (Á Eduardo.) ¿Y podrías tú levantar el martillo grande?

EDUAR. Eso no se pregunta, porque aquí donde me veis, me creo tan hombre como el primero. (Se dirige al yunque y hace esfuerzos hasta que levanta el martillo.)

ANS. ¡Su trabajo le ha costado levantarlo, pero el chico promete!

EDUAR. ¡Más adelante ya vereis!!.. Me sobra la voluntad.

PEDRO. ¡Es cosa hecha! Os quedais en la fragua; vivireis con nosotros... ¡Desde este momento, ved en mí á vuestro padre! Venid y recibid mi primer abrazo. (Los abraza.)

ESCENA IX.

LOS MISMOS, ELENA y SUSANA por el foro.

Susana vestida de blanco con sencillez. Elena con una severidad exagerada, de riguroso luto.

SUSANA. ¡Hermano mío!... ¡cuán bueno eres! (Abrazándole.)

PEDRO. Cuando veo muchachos desgraciados, no puedo menos que abrirles las puertas de mi casa de par en par.

ELENA. (Con dulzura.) No sintais pensar así, señor Pedro; esos sentimientos os honran y por ellos juzgo vuestro co-

razón. El señor cura nos lo decía el domingo pasado desde el púlpito.

PEDRO. Puesto que lo dice nuestro buen pastor de almas, bien puedo llenar mi casa de todos los desgraciados disponibles.

ELENA. Sabed que siempre tendreis en mí un fiel auxiliar en obra tan humantiaria.

PEDRO. En ese caso, señora... (Movimiento de Elena. Pedro se repone en seguida.) Puesto que correis con el gobierno de mi casa, espero que cuideis de esos dos huéspedes, procurando que nada les falte.

ELENA. Os lo prometo.

PEDRO. ¡Excelente corazón! Aquí no hay nadie malo. Todos somos caritativos, y siempre estamos dispuestos á enjugar las lágrimas de nuestro prójimo.

ELENA. Mucho estimo la opinión que teneis de mí. Todo os lo debo. Yo estaba aislada... sola en el mundo con mis pesares... Llegué á mi ciudad natal en busca de trabajo... de una posición; recordasteis que fuí la institutriz de Susana, de mi querida Susana, y me digísteis: «Venid á nuestro lado, señorita Elena, y nuestra casa será la vuestra.

PEDRO. No recuerdo tal cosa; pero mi casa es como la de Dios; en ella caben todos los desvalidos. Y á buen seguro que nadie les pregunte quiénes son, ni de dónde vienen. Parto con todos mi pan, y así vivo tranquilo y feliz en mi pobreza. Ea, al trabajo. ¡Vamos, chiquillos, á empezar vuestro aprendizaje!... ¡Amigos, á las fraguas!

TODOS. ¡Á las fraguas! (Pedro, los obreros, Eduardo y Julián, entran en la fragua. Las mujeres se van por el foro.)

ESCENA X.

SUSANA y ELENA.

ELENA. (Sentándose en un banco.) ¡Qué corazón el de vuestro hermano!

SUSANA. ¡Oh, sí!... ¡y cuánto me ama! ¡Me adora! ¡Su solicitud sólo púede compararse á la de un tierno padre!

ELENA. ¡Es así! ¡Ya lo veis, á pesar de ser un pobre artesano, ha querido que os educaseis en un colegio, á semejanza de las señoritas más ricas de la población. ¡Es digno de la mayor ventura! ¡Merece ser feliz; no tiene igual!...

SUSANA. Y lo será, no lo dudeis.

ELENA. ¡La desgracia no respeta á nadie en este mundo, hija mía, y quién sabe!...

SUSANA. ¿Qué quereis decir?... ¡Acaso temeis!...

ELENA. (Con intención.) Nada. ¡Pero si algún día tuvierais que abandonar su casa!...

SUSANA. Eso no cabe en lo posible.

ELENA. ¡Pobre inocente! No quiero haceros la injuria de creer que fuerais tan ingrata que... pero, en fin, el único motivo que hace que muchas veces una joven abandone á sus padres ó á sus hermanos, es cuando deja penetrar en su corazón uno de esos sentimientos que debe siempre.

SUSANA. ¿Luego creeis que una joven debe solamente amar á sus padres ó á su hermano?

ELENA. (Mirándola fijamente, y con voz alterada.) ¡Acaso sentís otras afecciones!

SUSANA. ¡Dios no prohibe el matrimonio!

ELENA. No, por cierto... Pero yo os conozco, os he educado, y es imposible que...

SUSANA. Señorita Elena, oidme. Más vale en todo esto hablar con franqueza y de una vez. Cierto que he recibido una educación religiosa; pero también es cierto que yo creo que Dios no es tan egoista como creeis, y permite otros amores.

ELENA. ¡Otros amores!

SUSANA. Sí; y no me riñais si me permito deciros la verdad.

ELENA. No quiero oirla.

SUSANA. No podeis rehusar desde el momenta en que un pecador viene á pediros vuestros consejos.

ELENA. ¡Justo cielo! ¿Qué es lo que habeis hecho?...

SUSANA. ¡Una gran falta! En la edad de costumbre, me he atrevido á dejar latir mi corazón por un hombre. Me he resistido, pero á pesar de todos mis esfuerzos, ha palpitado...

ELENA. ¡Qué oigo!

SUSANA. Sí. Comprendo que esto es horrible, y mucho más tratándose de un joven valiente, leal y reputado en todo el país de hombre de honor. Pero cuando os haya revelado el nombre del que me ha inspirado esos desdichados pensamientos, estoy segura de que me perdonareis.

ELENA. (Febril.) ¿Su nombre?

SUSANA. El doctor Daniel.

ELENA. (Ahogando un grito.) ¡Ah!...

SUSANA. ¿Qué os pasa?

ELENA. (Con voz lenta y los ojos fijos en Susana.) ¿Amais al doctor?

SUSANA. Nos vimos por la primera vez un domingo en la iglesia...

ELENA. ¡En la iglesia!...

SUSANA. ¡Vos tuvisteis la culpa!... ¡Vos fuísteis quien á ella me llevó! Aquél día tuve que pedir para los pobres, y cuando él depositó su óbolo en el limosnero, su mano rozó la mía...

ELENA. ¿En el limosnero mismo?...

SUSANA. ¡Vos fuísteis la que me ordenó que pidiera!... (Elena hace un gesto de cólera.) ¡Su mirada se fijó en la mía!... Después el doctor conoció á mi hermano... yo caí enferma: me asistió... y me salvó la vída...

ELENA. ¡No es cierto! Los cirios encendidos por mí, fueron seguramente los que os salvaron.

SUSANA. La costumbre de verle, de hablarle, de oir su acento, ¡No os enfadeis!... Este amor nació en la iglesia, y Dios mismo le proteje. En fin, una noche que estábamos solos, al darme un ramo de rosas blancas que había cogido para mí, me declaró su amor.

ELENA. ¿Y vos?...

SUSANA. Quise huir... pero él estaba allí... me miraba con tal expresión de ternura, y su voz me suplicó de modo... que no tuve valor para alejarme!...

ELENA. ¡Dios mío!...

SUSANA. Ahora que ya os lo he confesado todo, os suplico que me concedais vuestro perdón! ¿Me lo concedeis?...

ELENA. Con una condición... Que ahogueis en el fondo de vuestro pecho ese amor impío...

SUSANA. ¡Lo que me pedís es imposible! ¡Renunciar á él!... Estoy segura, mi buena Elena, que vos me ayudareis haciendo saber á mi hermano este amor, diciéndole: —«se aman, sin ese amor, no podrían vivir... unidlos, y que sean felices!...»—

ELENA. Jamás le diré semejante cosa. ¡Lo ois? jamás!... (Daniel que habrá aparecido momentos antes, avanzan lentamente, y dice:)

DANIEL. ¡En ese caso seré yo quien se lo diga!

ESCENA XI.

LOS MISMOS y DANIEL.

SUSANA. (Con júbilo, yendo hácia él.) ¡Daniel!...

ELENA. ¡Deteneos!...

DANIEL. Susana, voy á hablar à mi vez.

ELENA. ¡En ese caso, dejad que me retire!... ¡Mis principios me prohiben!...

DANIEL. (Yendo á la puerta de la fragua y llamando.) ¡Pedro!... ¡Mi buen amigo! ¡Venid pronto! (Pedro aparece en la puerta de la fragua.)

ESCENA XII.

LOS MISMOS y PEDRO.

PEDRO. ¡Hola, señor Daniel!... ¿Qué ocurre? ¡Sepamos! ¡Contestad pronto! El hierro está candente y me espera...

DANIEL. Lo que ocurre es muy serio.

PEDRO. (Mirando á los tres.) ¡Dios mío, qué caras tan graves! ¡Y vos, doctor, qué tono tan magistral!...

DANIEL. (Muy turbado.) Perdonad mi emoción; y cuando sepais de qué se trata.

PEDRO. Vamos á ver.

DANIEL. Desde hace tiempo... amo á Susana... (Movimiento de sorpresa de Pedro.) ¡Oh, la amo con todo mi corazón, y lo proclamo en alta voz, porque quiero que se sepa toda la pasión y toda la pureza de mi amor por ella!

PEDRO. (Súbitamente ensimismado.) ¡Vos la amais!... ¡Es particular!... No lo he notado... yo creí buenamente que... Ya has oido, Susana, lo que el señor Daniel acaba de decir... ¿Parece que no te coje de sorpresa? No... tú lo sabías... y... (Con vacilación.) le corespondes, ¿no es así?

SUSANA. Pues bien, hermano mío, yo también le amo.

PEDRO. (Con cierta tristeza.) Veo que habeis sentido y cultivado ese amor sin consentimiento mío. ¡Lo que has hecho, hermana, no está bien, pues creo que se ha debido contar con mi asentimiento!...

SUSANA. ¡Oh! ¡Hermano!... no te quejes cuando no vacilamos en confesar nuestro amor!

PEDRO. Teneis razón.... Y además, yo nunca me hubiera opuesto á vuestra inclinación. En suma, qué deseais?

DANIEL. Queremos ser el uno para el otro, y autorizado por ella vengo á pediros su mano.

PEDRO. ¡Su mano!... casarla! Hé aquí otra cosa en que yo nunca había pensado!...

SUSANA. Hermano mío, ¿qué te pasa? ¿Qué tienes?...

PEDRO. (Con emoción creciente y conteniendo el llanto á duras penas.) Casarla!... Dar su mano á un hombre... La mano de esa niña á quien yo he educado... á quien he visto crecer á mi lado!... casarla!... separarme de ella!... ¡Perder mi única familia!... ¡Porque mi familia es ella!... ¡No! ¡no! no puede ser, os burlais de mí!... Vosotros no os amais, no quereis casaros... ¿No es así? Decidme que os burlais, que os habeis querido

mofar de mí, y que lo que acabais de proponerme es una broma. Decídmelo, decídmelo por favor!...

SUSANA. ¡Pedro!...

PEDRO. (Después de mirar á Susana fijamente.) ¿Luego yo no soy capáz de hacerte dichosa?... Por tí renuncié á las tabernas, á los amigos, al juego... por tí, economicé lo bastante para comprarte trajes elegantes... alhajas y galas... ¡Parece que todos mis sacrificios han sido inútiles!... ¡Cómo ha de ser!... ¡Pobre Pedro!... Has hecho lo que prometíste á tus ancianos padres... Mi casa va á quedarse solitaria sin ella... y al apuntar el sol, ya no me será dado depositar en su mejilla un beso antes de entregarme al trabajo... ¡Veré su alcoba vacía!... Todo se lo habrán llevado!... ¡Todo... hasta la pila del agua bendita y el ramo de boj!...

SUSANA. ¡Hermano!... ¡Por favor!...

PEDRO. (Cambiando de tono.) ¡Vamos! ¡Basta de lágrimas! ¡Soy un egoista! ¡un imbécil! ¿En qué cabeza cabe que renuncie por mí á su amor y á su dicha?...

ELENA. (Que ha oido, sombría y muy agitada, á media voz á Pedro.) ¿La casais?...

PEDRO. ¡Es preciso!... ¿Y vos me abandonais también?

ELENA. ¡Abandonaros yo!... ¿Y lo habeis podido creer?...

PLDRO. (Ahogando los sollozos.) ¡Oh! ¡gracias! ¡Así tendré alguien con quien poder hablar de ella!...

DANIEL. ¿Y bien?...

PEDRO. (Se dirige á la puerta de la fragua.) ¿Qué?... ¡Hola! ¡Venid todos! ¡Abandonad el trabajo y venid!... (Á Daniel y Susana.) ¡Os vais á tomar los dichos á la luz del sol, delante de todos, como es uso y costumbre en nuestras ciudades, y ante todos hareis vuestra profesión de fé, y pronunciareis vuestro juramento! (Los obreros, entre los que se encuentran Eduardo y Julián salen de las fraguas y Justo aparece en el dintel de la tienda.)

SCENA XIII.

LOS MISMOS, EDUARDO, JULIÁN, ANSELMO, NUÑO y después ROBERTO.

PEDRO. Amigos míos, ¿conoceis todos al doctor Daniel?... Tú, (Por Anselmo.) Anselmo, le conoces bien, ¿no es así?

ANS. Oh, sí; y me honro en ello.

PEDRO. ¡Pues bien! ¡Contestad! ¿Le juzgais digno de ingresar en una familia laboriosa y honrada?

ANS. ¡Sí, es digno de ello! (Roberto aparece.)

PEDRO. ¡Aquí teneis á Susana, la compañera, la hija de todos!... ¡y en vuestra presencia la confío al hombre que ama. (Á Susana.) Este es tu marido, el hombre elegido por tí, y que ha de reemplazarme á tu lado. ¡Ante vosotros, y ante Dios, yo los uno!

ROB. (¿Qué oigo?...)

DANIEL. ¡Á mi vez, y en presencia de cuantos me oyen, yo juro consagrar toda mi existencia á hacerla feliz!

SUSANA. Hermano, ¿te sientes tranquilo y consolado? ¿Me amas como siempre?

PEDRO. Sí, sí. Es cosa hecha. Serás feliz. El banquete de los desposorios no se hará esperar.

ELENA. (¡Le ama y se casa con él!)

ROB. Y yo vengo á haceros mi regalo de boda..

DANIEL. ¿Y en qué consiste vuestro regalo?

ROB. En una noticia.

PEDRO. ¿Una noticia? ¡Hablad!

ROB. ¡Que la guerra está declarada!

DANIEL. ¡La guerra!... ¿Á quién?

ROB. (Con risa irónica.) ¡Á la Alemania! (Asombro general.)

SUSANA. ¡Daniel!

DANIEL. ¡Susana!

SUSANA. ¡Tengo miedo!...

DANIEL. No temas, ángel mio; suceda lo que suceda, yo te ju-

ro no separarme de tu lado.

ROB. Ha llegado el momento en que los buenos patricios cojan el fusil, y los alemanes que residan entre nosotros, se despidan para unirse á sus compatríotas. Señor Daniel, no es culpa nuestra que seais aleman, ni que en vuestro pais seais todos soldados.

PEDRO. ¡Roberto, eres el ave de mal agüero!...

ELENA. (¡Oh, la guerra!... Ella se encarga de separarlos.)

PEDRO. ¡Compañeros! ¡viva Francia!

TODOS. ¡Viva! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salón de peluquería. Puertas en primer término, derecha é izquierda. Otra al foro que da á la plaza. Mesa en el centro de la escena con periódicos.

ESCENA PRIMERA.

RUFINA, JUSTO, CASTO, y sucesivamente FLORIÁN, VALENTÍN el NOTARIO y PEDRO.

JUSTO. (Á Casto.) Pon todo eso en orden, que pronto llegarán nuestros vecinos á enterarse de las noticias de la guerra.

CASTO. Ya están sobre la mesa los periódicos.

NOT. ¡Buenos días!

JUSTO. ¿Qué noticias teneis?

NOT. Muy malas...

FLOR. Nuestra derrota de Forbach, está ya anunciada en el Ayuntamiento.

PEDRO. ¡Caramba! ¡Ya no es posible dar un paso sin oir hablar de batallas!

JUSTO. ¡Sí, todo el mundo está febril!

PEDRO. ¿Y qué? ¿Seremos capaces de dejarnos arrollar, sin

tomar la revancha? No; Francia no será vencida mientras aliente uno solo de sus hijos.

VAL. ¿Y ni aun entónces?

PEDRO. La paz no se hará esperar.

ESCENA II.

DICHOS y ROBERTO.

ROB. (Entrando.) ¡La paz! Está lejos todavía!

PEDRO. ¡Lo que estais diciendo, no es de buen patricio!...

ROB. ¿Acaso soy yo francés? Soy austriaco... Pertenezco á una potencia neutral.

JUSTO. ¿Y creeis que la guerra durará aun mucho tiempo?

ROB. Esa es mi opinión.

RUFINA. ¡Dios mío! ¡Qué desgracia tan grande!

ROB. Lo que yo os digo es, que la cosa se complica, y que ni aun la boda de nuestro amigo podrá tener lugar. No. ¡El señor Daniel no puede permanecer ni un momento más en este país, ni creo que su gobierno deje de reclamarlo!

PEDRO. ¿Por qué?

ROB. ¿Acaso no debiera estar batiéndose? Ya sé que ha querido permanecer al lado de su prometida... pero Anselmo, vuestro primer obrero, hace quince días que se está batiendo contra los alemanes.

PEDRO. Decididamente quereis mal al doctor... Pero no me arrancareis á mi la confianza que tengo. Todo habrá concluido antes que se necesite á Daniel... Cantad vos el *de profundis*... Yo quiero estar alegre... quiero reir y beber, confiado en la fuerza y buen derecho de mi patria!

ESCENA III.

LOS MISMOS y EDUARDO, que llega espantado por lo que acaba de ver.

EDUAR. ¡Maestro! ¡Maestro! Si supiérais lo que mis ojos aca-

ban de ver... Uu soldado cubierto de polvo acaba de caer en la plaza!... ¡Su destrozado uniforme está empapado en sangre! Yo creo que es un antiguo obrero de vuestras fraguas... uno de los que marcharon á defender la integridad de la patria, contra la invasión alemana!...

PEDRO. ¡Qué oigo! ¡Un compañero! ¿Á dónde está? ¡Voy!.. Esperadme!... (Sale corriendo.)

RUFINA. ¿Quién decis que es ese soldado?...

EDUAR. ¡Un coracero! Parece que está mal herido. Pero á pesar del triste estado en que llega, me ha parecido un héroe!...

ROB. ¿Tú no le has reconocido? Dices que es uno de los operarios...

TEND. ¡Silencio! ¡Pedro le conduce aquí! (Pedro aparece sosteniendo sus brazos á un soldado, que es el obrero Anselmo con uniforme de coracero hecho girones.)

ESCENA IV.

LOS MISMOS, PEDRO, ANSELMO, NUÑO, JULIAN, OBREROS, y después ELENA y SUSANA.

Anselmo está cubierto de polvo. Su uniforme hecho pedazos; pálido, sin armas. El contramaestre y varios obreros han venido prestando ayuda á Pedro.

JUSTO. ¡Sentadle en este sillón!

PEDRO. ¿Cómo os llamais? ¿Quién sois, amigo?

ANS. ¡Soy Anselmo, maestro Pedro!... ¿Tan desfigurado me encontrais, que no me reconoceis? Ya sabéis que partí... no há mucho á la frontera...

EDUAR. ¡Pobre Anselmo!

ANS. ¡Hola, muchachos! (Se desvanece.)

PEDRO. ¿Qué es eso?... ¿Te sientes mal, compañero? (Elena y Susana entran y se dirigen al sillón en que está Anselmo.)

ELENA. ¿Nos han dicho que uno de vuestros obreros?...

PEDRO. Sí, Anselmo.

ELENA. ¡Dios mío! ¡En qué estado!

SUSANA. ¡Se muere! ¡Pronto! ¡Un médico!... ¡Corred en busca dè Daniel!...

CASTO. Voy, señorita Susana. Voy corriendo.

SUSANA. ¡Pronto!

ESCENA V.

LOS MISMOS menos CASTO.

ELENA. ¿De dónde viene este desventurado?...

PEDRO. ¡Vamos, Anselmo, mi buen amigo! Trata de reponerte, y habla... ¿De dónde vienes?

ANS. ¡Mi caballo... mi pobre caballo!... Ha caído á la entrada de la calle...

EDUAR. No tengais cuidado por él. Le han recogido y nada le hará falta. ¡Es el caballo de un valiente!

ANS. Á no ser por ese pobre animal...

ELENA. ¿De dónde venís? ¡Hablad, amigo mío!...

ANS. De un sitio que llaman Reischóffen.

PEDRO. ¿Y se han batido por allí?

ANS. ¡Como leones!...

PEDRO. (Animoso.) ¿Y hemos vencido?...

ANS. ¡Nos han derrotado! (Anselmo se desmaya.)

ROB. ¡Lo que yo decía! (Daniel aparece seguido de Casto.)

SUSANA. ¡Ah! ¡Daniel... pronto, socorred á este desgraciado!...

ESCENA VI.

LOS MISMOS, DANIEL y CASTO.

DANIEL. (Acercándose á Anselmo.) ¡Eres tú, mi buen Anselmo!...

ANS. (Mirándole.) ¿Quién sois?

DANIEL. ¡Daniel Stauben!

ANS. Un prusiano... ¡Dejadme!... ¡No os acerqueis!... ¡Dejadme!... (Le rechaza.)

ELENA. ¡Vuestro dolor os extravía!... ¡Bien sabeis que el doctor Daniel siempre os ha querido bien!

ANS. ¡Oh, sí! (Anselmo se tranquiliza un poco y Daniel le desabrocha el uniforme y reconoce las heridas.)

DANIEL. (Aparte después de reconocerle.) (¡Desgraciado!)

ELENA. Si tomara algún alimento...

PEDRO. (Sombrío.) ¡Nos han vencido!...

ANS. (Haciendo paulatinamente esfuerzos para reanimarse.) ¡Qué combate!... Nosotros... los coraceros... inmóviles sobre nuestros caballos... como estátuas .. Los nuestros no cesaban de batirse... Veíanse los batallones enemigos caer como caen bajo la hoz los campos de trigo.. pero cuantos más caían más brotaban... cada colina vomitaba millares de enemigos sin cesar... ¡y salían de los bosques regimientos tras regimientos!... Ante el número... ya comprendeis... los nuestros vacilaban... ¡Eran tantos los que sucumbían!... ¡tantos! y los nuestros, apoyados los unos contra los otros... permanecían de pié... ya cadáveres, y aún parecía que provocaban á nuestros vencedores...

PEDRO. ¿Y después?... ¿Y después?...

ANS. Entonces se nos dijo: «¡coraceros... ahora os toca á vosotros!» ¡Bien está, moriremos! Esa fué nuestra respuesta...

ANS. Caimos en las líneas prusianas... nos hundimos ginetes y caballos en aquel bosque de bayonetas, sables y lanzas!... Chócanse las corazas... los cascos se hacen pedazos... brota la sangre... y los hombres y los caballos caen mezclados... (Se levanta.) avanzamos siempre .. pero las líneas enemigas nos encierran... nos estrechan... y todos nuestros escuadrones sucumben! ¡Sí, compañeros!... ¡Los coraceros de Reischóffen habían salvado al grueso del ejército francés!... (Cae nuevamente en el sillón.)

PEDRO. (Á todos con tono solemne.) ¡Abajo los sombreros! ¡Saludemos en este héroe á todos los que allí sucumbieron con tanta gloria! (Todos se descubren.)

EDUAR. (Con entusiasmo.) ¡Así quisiera yo morir!

PEDRO. ¿Pero, por qué milagro has podido escapar?

ANS. Dos balas me habían alcanzado... Tenía varias heridas... en mi cuerpo... y á pesar de todo seguía batiéndome... pero cayó mi caballo, se arrojaron sobre mí... y me arrestaron con otros... se nos encerró en una iglesia donde nos custodiaba un piquete de soldados alemanes, mandado por dos oficiales parecidos á vos, señor Daniel...

DANIEL. (Con terror.) ¡Parecidos á mí!

ANS. Uno de ellos, al verme ensangrentado y echado sobre un montón de paja, se acercó á mí y me hizo algunas preguntas... yo le dige que había sido herrero en Chatoden... al oir el nombre de este pueblo, pintóse en su semblante el mayor interés, así como también en su compañero... ¡Me preguntaron si conocía á un llamado Daniel Stauben!... (Anselmo hace señas de que no puede hablar.)

DANIEL. ¡En nombre del cielo... continúa!...

SUSANA. (Arrojándose en brazos de Pedro.) ¡Hermano!... ¡Tengo miedo!...

ANS. Contesté... que... en efecto .. conocía al doctor Stauben... y entonces me dicen:—Herido como estás, ¿tendrías la fuerza y el valor necesario para montar á caballo y volver á tu país?...—¡Sí, les contesté!...

ELENA. (Disimulando mal su alegría.) ¿Y entonces?...

ROB. (Que se habrá ido acercando á Anselmo, y en este momento se encuentra á su derecha.) ¿Qué digeron los dos oficiales que tanto se parecen al doctor?

ANS. «Si puedes llegar á allá, dirás á Daniel Stauben: he visto á vuestros hermanos, que se baten y se asombran de no veros á su lado!...»

DANIEL. ¡Mis hermanos!

SUSANA. ¡Dios mío! (Movimiento de alegría en Elena y en Roberto.)

ANS. Sí no vais á combatir con ellos... vuestra anciana madre os renegará... y vuestros hermanos os tendrán por un cobarde!

DANIEL. ¡Por un cobarde!

SUSANA. ¡Daniel! ¡No lo creais! ¡Ese hombre está loco!... ¡Vues-

tros hermanos no han podido decir eso!...

ANS. Sí... ¡lo han dicho!...

SUSANA. ¡No es posible!...

ELENA. ¡Susana!... ¡Los moribundos no mienten!...

ANS. (Con voz que se extingue por instantes.) ¡Ah!... ¡Ah... mis heridas... la fatiga del camino... no puedo.., no puedo más! ¡Maestro Pedro! ¡Rechazad al enemigo... que se acerca... defended... bien... nuestros pueblos... vendrán... y lo arrollarán... todo... todo lo destruirán! ¡Prometedme que los rechazareis... y... muero... tranquilo... y... feliz!... (Espira.)

DANIEL. (Pulsándole.) ¡Ha muerto!...

TODOS. ¡Muerto!

PEDRO. ¡Sí! ¡En defensa de su patria! (Pausa, después de la cual dice con solemnidad.) ¡Juro sobre su cadáver combatir como tú, y morir si es preciso imitando tu ejemplo! ¡Ayudadme todos, y levantémosle en mi fragua una capilla ardiente! ¡Los funerales que le haremos serán los funerales de un héroe! (Los obreros cogen el sillón en que acaba de espirar Anselmo, y todos desaparecen menos Daniel y Susana.)

ESCENA VII.

DANIEL y SUSANA.

SUSANA. (Que se habrá quedado inmóvil.) ¡Es esto un sueño!...

DANIEL. (Como volviendo en sí.)

SUSANA. (Cayendo desfallecida en un sillón.) ¡No podré dar un paso! ¡Mis fuerzas se agotan!...

DANIEL. ¿Qué tienes? ¿Por qué se pinta el terror en tu semblante?

SUSANA. ¡Ah! ¿No has oído lo que ha dicho ese hombre?...

DANIEL. ¡Por piedad, Susana!

SUSANA. ¿Pero es cierto que vas á partir?

DANIEL. ¡Partir! ¿Dejarte aquí?... ¡Renunciar á tu amor... no volver á verte... no escuchar más el eco de tu voz!

SUSANA. ¡Bendito seas por tales palabras! ¡Al llamarte á su lado tus hermanos, no han pensado en lo que nos pasa!... ¡Ir á batirte tú!... ¡Bien se ve que ellos no aman! ¡Oh, pero no, no! ¡No le vereis! ¡Yo le amo, y mi amor sabrá detenerle á mi lado! ¡Que vuestros cañones atruenen... mientras mi amor murmura á su oido dulces palabras!... ¡Arrebatármelo para matarle! ¡para que sea otra víctima de vuestras luchas impías!... ¡No; yo le amo!... ¡yo le amo más que á mi vida! (Pedro aparece.) ¡No, no partirá!...

DANIEL. ¿Por qué nombrar más á mis hermanos?... (Alejándose de Susana.)

SUSANA. ¡Te apartas de mí! ¿Vacilarías acaso? ¿Á quién vas á sacrificar en esta lucha, á ellos ó á mí?

DANIEL. Tú me amas, ¿no es cierto?

SUSANA. Sí, partes, mi muerte es segura.

DANIEL. ¡Ah! ¡Susana! ¡Bien mío! ¡Sólo escucho tu voz!... ¡Abandonarte... sería superior á mis fuerzas!... Por más que me llamen, es inútil, yo me quedo á tu lado... ¡No quiero oir la voz de mis hermanos! ¡Seré sordo á sus gritos!...

PEDRO. ¿Y la mía, Daniel, la oireis?

ESCENA VIII.

LOS MISMOS y PEDRO.

DANIEL. ¡La vuestra!...

PEDRO. Sé que amais á Susana hasta el punto de sacrificarlo todo á ese amor... ¡Pero olvidais que hay una cosa que jamás debe sacrificarse, ¡la Patria!... y al oiros he creído que olvidais que la vuestra os reclama!

SUSANA. ¡Pedro! ¡Hermano! ¡Calla!... ¡No prosigas!... ¡Adivino cuanto vas á decirle!... ¡Me ha jurado que nunca se separaría de mí!... ¿No es cierto, Daniel, que así me lo has jurado?

PEDRO. (Grave y severo.) Susana, déjame proseguir... ¡Tal vez

algún día te arrepentirías de haber ahogado en su corazón el sentimiento del deber!...

DANIEL. Hablad: ¿qué es lo que me aconsejais?

PEDRO. (Muy conmovido.) ¡Quiero... quiero que tengas valor! ¡mucho valor! .. ¿lo oyes? ¡Qué hagas un esfuerzo sobre tí mismo... que lo estreches contra tu corazón por la última vez y que vayas al lugar donde se hallan tus hermanos, que jamás cruce por su mente la idèa de que eres un cobarde!

DANIEL. ¡No repitais, por Dios, semejante palabra!

PEDRO. ¡Es que si permaneces aquí, esa palabra brotará de todas las bocas, y si Susana siente por tí un amor ferviente, su sola idea, su solo pensamiento debe reducirse á oponerse con toda su alma á que, con razón, el mundo te crea un cobarde!

SUSANA. ¡Daníel mío!

DANIEL. ¡Miradla!... ¡Ved su llanto! ¡No, no! ¡Ya no quiero partir!

PEDRO. ¡Desgraciado!... No ves que todo el país va á creer que no partes porque tienes miedo!

DANIEL. ¡Vos si que estais loco! ¿Partir? ¿Y para qué? ¡Para ir á batirme contra los que me han dado el pan y entre los que vivo ha tantos años!... ¡Yo batirme! ¡contribuir al luto de esta Francia hospitalaria. á quien no puedo menos de admirar!... ¡No, no! ¿Acaso soy yo alemán? ¡Solo conozco este cielo, el hermoso sol de mi Francia adorada! Bajo sus rayos explendentes he vivido día tras día. ¡Al pelear contra ellos sería el verdugo de mis amigos, el asesino de mis verdaderos hermanos! Y si algún día os encontrara en el campo de batalla, ¿qué debería hacer?

PEDRO. ¡Tú deber!

DANIEL. ¡Daros la muerte!.. ¿no es así? (Con risa convulsiva.)

SUSANA. ¡No, hermano mío!

PEDRO. Daniel, yo te comprendo. Sí, tú debes amar á eeta Francia que te acogió en su seno... donde nos hemos conocido, y donde has sabido crearte una familia...

pero eres aleman... has llegado á esta tierra por casualidad... y no debes preferirla á tu patria, donde se meció tu cuna. ¡Tu amada y tus amigos están aquí, pero tus hermanos y tu madre están allá!

DANIEL. ¡Si combato contra vosotros seré un ingrato!

PEDRO. ¡Pero si sacrificas á tu país, serás un traidor!

SUSANA. ¡Dios mío! ¡Dios soberano!

DANIEL. ¡Batirme! ¿Por qué? ¿Sé yo acaso á qué obedece esta guerra? No, no puedo, no debo partír!

SUSANA. ¡Tiene razón!

PEDRO. ¡Susana!... ¡Cuando la patria ha menester de sus hijos, no hay amor, ni hay hogar, ni recuerdos que nos detengan. Tu amor, es tu pais que te llama á su defensa; sálvale ante todo, y después ama!

DANIEL. ¡Pedro! ¡Amigo! ¡Hermano! ¿Qué fuego es el que acabais de verter en mi alma?... ¡Susana! ¡Mi Susana! ¡Ven, abrázame!...

PEDRO. ¡Daniel te ha jurado que jamás se apartaría de tí! ¡Hermana mia ¡Es preciso que le desligues de su juramento! ¡Que hagas de él un soldado... ya que su patria le reclama y el honor se lo manda! (Pausa. Susana es presa de una lucha horrible. Pedro y Daniel le ruegan con el gesto.) ¡Su madre tal vez le reniega... y sus hermanos á estas horas habrán muerto maldiciendo su recuerdo!...

SUSANA. (Yendo al lado de Daniel.) ¡Puesto que Dios lo quiere, yo te desligo de tu juramento!... ¡parte!

DANIEL. ¡Susana! ¡Amada mia!

SUSANA. ¡Parte!... Olvídate de mí... ¡Recibe este primero y último abrazo... y él te diga todo lo profundo de mi pena y lo inmenso de mi desventurado amor! (Se abrazan.)

DANIEL. ¡Adios... si muero... moriré amándote y bendiciendo tu nombre querido! ¡Mi dolor sería menos cruel, si fuérais vosotros los vencedores!

PEDRO. (Colocándose entre Susana y Daniel.) ¡Sean los que fueren nuestros desastres, sabremos repararlos! ¡Vamos,

abrázame, hermano; déjame que te estreche sobre mi corazón, enemigo mio! ¡y que Dios decida de nuestra suerte! (Daniel abraza á Pedro, hace un movimiento hacia Susana. Pedro le detiene y después de un esfuerzo se lanza á la puerta, la abre, y vacilante se apoya en sa dintel. Snsana está en brazos de su hermano, que con la mano izquierda indica la puerta á Daniel.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Interior de la fragua de Pedro. Banco de cerrajero en primer término y en el muro de la izquierda. La fragua, en segundo término. Gran puerta en el centro del foro. Á la derecha del foro y cerca de la puerta, pequeña escalera con puerta. Ventana en primer término de la derecha. El yunque en el centro de la escena en segundo término. Un banco á la derecha. En el foro cuerda de una campana.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO, ROBERTO, EDUARDO, JULIÁN, NUÑO y OBREROS, y después ELENA.

Al levantarse el telón, cuadro muy animado: uno de los obreros le da al fuelle de la fragua: otros alrededor del yunque trabajan con el contramaestre, cyéndose los martillazos en orden de fragua. Eduardo, Julián y otros obreros trabajan armas. Roberto está sentado á la derecha, fumando. Es el anochecer. La escena está alumbrada por el horno de la fragua.

PEDRO. ¿Quién nos hubiera dicho que andando el tiempo, fabricaríamos armas?... Pero en época de guerra, el herrero se trasforma en armero.

EDUAR. (Manejando un fusil.) ¡Qué cosa tan buena debe ser batirse con uno de estos!

PEDRO. No te impacientes, muchacho... te batirás quizás más pronto de lo que tú te figuras, si, como es de temer, al enemigo le ocurre visitarnos!

ROB. (Que se habrá asomado á la ventana, viene á ocupar el centro de la escena, fumando.) ¡No hay cuidado! ¡Chateaudun, por su situación elevada, puede dormir tranquila!... Para una sorpresa sería preciso que el enemigo conociese el camino breñoso que se pierde en las montañas y en este punto sinuoso que apenas se distingue... Pero no le conocen, y podeis dormir á pierna suelta!...

PEDRO. ¡Y si acaso les diese la idea de asomar, no les faltaría quien les diera que hacer! ¡Todavía quedan en Chateaudun hombres bien templados! ¡Existe cierta fragua que quiere vengar la muerte del compañero Anselmo!... (Á varios obreros.) ¡Traed vosotros los fusiles que la Alcaldía ha enviado aquí para su reparación! (Con energia.) ¡Forjemos armas, que no tardarán en recibir su bautismo!... (Vase. Roberto se encoge de hombros. Aparece Elena.)

ESCENA II.

LOS MISMOS y ELENA.

ROB. ¡Señorita Elena!...

ELENA. ¡Señor Roberto!... (En voz baja.) ¿Y bien?

ROB. (Bajo á Elena.) ¡Vengo de allá! ¡Me han dado instrucciones! (Movimiento de curiosidad de Elena.) ¡Pues... nada!... ¡Qué pagan!

ELENA. ¡Pero lo que estamos haciendo, es espantoso!

ROB. ¡Ni vos ni yo somos franceses!... Nos ofrecen una suma considerable, con la cual podreis aseguraros una subsistencia decorosa y tranquila!... ¡Un día ú otro tendreis que abandonar esta casa!...

ELENA. ¡Bien lo sé!

ROB. Os es indispensable haceros una posición... En cuanto á mí, podré vengarme de estas gentes que me aborrecen!... Me vengaré de Susana, que me desprecia... si... ¡me habré vengado de todos!

ELENA. ¿Qué debo hacer?...

ROB. Procurad que se acuesten aquí lo más pronto posible, y después, cuando los operarios hayan partido y Pedro duerma, aproximad una luz á esa ventana que da al valle... ¡Aquella gente está prevenida! (*Toda esta escena habrá sido en voz baja. Pedro aparece por la puerta izquierda, precedido de un obrero que trae una lámpara encendida y hace un gesto de disgusto al ver á Roberto hablando con Elena.*) (¡Pedro nos observa!... ¡Discreción!...)

PEDRO. (*En tono brusco.*) Señor Roberto, ya vuestros caballos están herrados.

ROB. Síendo así, parto sin pérdida de tiempo. Adios, maestro Pedro. (*Vase después de hacer un leve signo á Elena, que ésta contesta afirmativamente.*)

ESCENA III.

PEDRO, ELENA, EDUARDO, JULIÁN y OBREROS.

PEDRO. Decididamente la presencia de ese austriaco me hace daño!... Sus palabras me irritan, y os juro, Elena, que siento haber hecho las paces con él... pero es compatriota vuestro... y por complaceros, he accedido... Sois tan buena é indulgente para con todo el mundo, que no podeis imaginaros que haya gentes perversas y sin corazón! (*Mira á la habitación de Susana. El trabajo ha cesado, y el horno se ha estinguido. Es de noche.*) ¿Por qué se ha pagado el fuego?

NUÑO. Porque ya es tarde, maestro.

ELENA. Tiene razón, amigo mío, los pobres trabajan desde que apunta el día, y ya es hora de que descansen!

PEDRO. ¡Es tarde!... Es cierto... Y yo que ni siquiera me había apercibido de ello!...

ELENA. Ya todo el mundo descansa en la población. Ya todo está cerrado...

PEDRO. ¡Bueno! ¡pues á dormir, muchachos!...

NUÑO. ¡Buenas noches, maestro!

TODOS. ¡Buenas noches! (Todos se van. La puerta del foro está cerrada.)

ESCENA IV.

ELENA, PEDRO, EDUARDO y JULIÁN.

ELENA. Y vos, no os vais á descansar también, amigo mío?

PEDRO. ¿Á dónde? ¿Arriba?... ¿Cerca de las habitaciones de Susana; no es eso? ¿Para oirla suspirar y gemir? ¡Ah! ¡no!... prefiero quedarme aquí.

ELENA. ¿Cómo la noche anterior?

PEDRO. ¡Qué quereis!... ¡no tengo valor para oir sus lamentos! ¡Cuando en su desesperación pronuncia el nombre de ese aleman, que tanto ama, creo que me vuelvo loco, y que rojas nubes pasan ante mis ojos!...

ELENA. (Con hipocresía.) ¡Pobre amigo mío! ¡Os compadezco! (Enjuga sus lágrimas.)

PEDRO. (Cambiando de tono y dirigiéndose á los chicos.) ¡Vamos!... Acercáos á mí... chiquillos... Reid... charlad... ¡Qué no oiga yo más esa voz del dolor, que resuena en mis oídos!... ¿Vamos, tú, Eduardo; ¿eres más felíz ahora que antes? ¿Amas mucho á la madre que te he buscado?

EDUAR. ¡Oh! ¡sí; la amo como amaría á la que me dió el ser! (Bajo á Pedro.) ¡Pero no creo que su cariño sea muy profundo para mí!

PEDRO. ¡Te adora! ¿No es así, señora Elena?

ELENA. ¡No le querría más, si fuera efectivámente mi hijo!

EDUAR. (¡Ah!)

PEDRO. (Abatido por la tristeza.) ¡Qué cambio!... ¿Qué se hicieron aquellos días de fiestas... de flores, bailes y banquetes de boda?... ¡Ya la alegría no cabe entre nosotros!... ¡La guerra con sus horrores lo destruye todo (Á los chicos.) ¡Os estais cayendo de sueño! ¡Id á recogeros, hijos míos!

ULIAN. ¡Sí, no puedo más!

ELENA. Id, y descansad.

EDUAR. ¡Yo no! Yo no me aparto del maestro, cual si estuviese en campaña vivaqueando. No me mandeis que me retire, porque me siento con instintos militares, y mi mayor dicha sería ser uno de tantos voluntarios que al grito de la patria vuelan á la guerra, sacríficando sus haciendas, sus amores, y hasta la última gota de su sangre generosa y valiente. Si Dios escucha mis fervientes plegarias, al son de la inmortal Marsellesa, he de matar más alemanes que arenas arrastra el Rhin! ¡Viva la raza latina! ¡Viva Francia!

PEDRO. ¡Bien, muchacho! ¡Me gusta tu noble entereza! Pero ya es hora; dormid, ¡os lo mando!

EDUAR. (Á Elena con sentimiento.) ¡Señorita, Dios quiera daros buena noche!...

PEDRO. ¡Buenas noches! (Presenta Eduardo su frente á Elena, que vacila en besarla. Pedro la mira, y entonces la besa con rapidez. Eduardo y Julian vanse por la izquierda.)

ESCENA V.

ELENA y PEDRO.

PEDRO. (Señalando la habitación de Susana.) ¿Está arriba?

ELENA. ¿Quién, vuestra hermana?... Sí, está en su habitación.

PEDRO. ¿Qué hace? (Elena toma un aire de tristeza y eleva los ojos al cielo.) Está llorando como siempre, ¿no es así?

ELENA. Sí. (Suspirando.)

PEDRO. ¡Oh! ¡Ese llanto!... ¡Ese llanto!...

ELENA. ¡Os molesta su llanto!... No trato de reconveniros por ello; pero veo con dolor que solo pensais en ella y en la suerte del país.

PEDRO. Y quien tenga corazón, ¿podrá ver tranquilo su llanto y la suerte del suelo que nos vió nacer?

ELENA. Nadie; es cierto. Cuando la patria peligra, es forzoso sacrificar por ella los más caros afectos. No seré yo la que interponga jamás mi cariño entre vos y nuestro deber. Eso es cosa de jóvenes de poca reflexión, que

todo lo sacrifican á su amor algo egoista... ¡y no lo digo por Susana... por nuestra querida Susana!... Es una desgracia que haya sentido por Daniel un amor tan extremado... pero ya se sabe, los jóvenes no reflexionan, y se entregan á la primera inclinación. (Susana aparece en la escalera.)

PEDRO. ¡Hoy su amor no es solamente una falta, es un crímen!

ESCENA VI.

LOS MISMOS y SUSANA.

SUSANA. (Pálida y abatida.) ¡Un crímen!

PEDRO y ELENA ¡Susana!

SUSANA. ¡Un crímen!... ¿Por qué? ¿No es Daniel mi prometido?... ¿Mi esposo ante Dios?

PEDRO. ¡Es nuestro enemigo!

SUSANA. ¡Cuando partió le llamaste hermano!

PEDRO. (Inflexible.) ¡Es nuestro enemigo! ¡Amarle es hacer traición á los tuyos!... ¡No quiero verte llorar más.. y te mando que le borres de tu memoria!

SUSANA. ¡Olvidarle!... ¡olvidarle!... Si así lo hiciera, sería perjura y cobarde, y nadie puede exigirme tal cosa.

ELENA. Es el único partido que os queda, mi querida Susana. Suceda lo que quiera, ya ese jóven no puede ser vuestro esposo. ¡La suerte os separa para siempre!... ¡para siempre! (Recargando la última frase.)

SUSANA. ¿Vos también contra mí?

ELENA. (Con hipocresía.) ¡Contra vos!... ¡Yo que tanto os amo!... ¡Ah, Susana!... ¡veo que la pena os extravía!

SUSANA. ¿Luego ambos creeis que no he hecho bastante en dejarle partir, en desligarle de su juramento, y quereis llevar vuestra crueldad al extremo de querer que olvide á mi prometido que me arrebató la guerra!... ¡Se me prohibe llorar su ausencia! Pedís un imposible; sabeis que amo á Daniel, y que este amor durará tanto como mi vída!

PEDRO. (Asiéndola de la mano.) ¿Pero, desdichada, no comprendes que ese hombre, á quien ahora aborrezco, tú debes aborrecerle también?

SUSANA. ¿Por qué es aleman?

PEDRO. ¡Sí! (Con rabia.)

SUSANA. ¿Y qué me importan á mí vuestras bárbaras luchas insensatas? ¿Qué culpa tenemos las pobres mujeres de la guerra que nos asola? (Con risa inórica y forzada.) ¡Á las mujeres no se las tiene en cuenta para nada! ¡Madres, dad á vuestras hijas... y que éstas, á su vez, ahoguen sus sentimientos y privarlas de sus prometidos, se las manda callar, y se las prohibe derramar una lágrima!... ¡La patria os manda matar toda afección, y es preciso, ó ser traidor ó morir sin exhalar una queja! ¡Oh, esto es infame y cruel! ¡Vuestro patriotismo es grande y hermoso sin duda; el nuestro es mayor y más sublime, porque es el patriotismo del amor! ¡Mantén el tuyo, hermano, que yo mantendré el mío!

PEDRO. ¡Cómo! ¿Cuándo nuestros soldados dan su sangre en defensa del país, tú te opones á sacrificar tu miserable amor?

SUSANA. He jurado amar á Daniel hasta la muerte, y cumpliré mi juramento.

PEDRO. ¡Aparta!... ¡Tus lágrimas son un ultraje á los que mueren por nosotros! ¡Yo no soy tu hermano!... ¡Vete! (Susana se aleja lentamente. Se para; dirige un gesto suplicante á su hermano, que permanece impasible, y desaparece resueltamente por la derecha.)

ESCENA VII.

PEDRO y ELENA.

PEDRO. (Muy afectado) ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Sólo me faltaba apurar este nuevo dolor! (Cáe en un banco agobiado por la pena.)

ELENA. ¡Valor, amigo mío! (¡La noche avanza!) Vamos... subid á vuestro cuarto. Descansad un poco, y esto os tranquilizará.

PEDRO. (Levantándose.) ¡Ah! ¡no es posible! ¡Dormir, cuánto se ensaña en mí el sufrimiento!... ¡Cuando de un momento á otro los alemanes!... ¡No! ¡no!... dejadme, Elena... ¡Cuando todos duermen en esta ciudad, yo trabajo y velo! (Se dirige al banco del trabajo.)

ELENA. (Pero, ¿y la señal?... ¡Oh; es preciso que la haga... lo he prometido!... ¡Va en ello mi felicidad!..)

PEDRO. (Dejando el trabajo.) ¡No puedo!... ¡Todo mi sér se estremece!... ¡Me ahogo!... ¡Aire!... ¡aire!... (Se dirige á la ventana y la abre.) ¡Ah! ¡respiro!... ¡Qué hermosa noche!

ELENA. (¡Se queda!... ¡No importa; cumpliré lo prometido!) (Toma la lámpara, llega al centro de la escena, vacila, tiembla y parece reuunciar á su proyecto. Se vuelve, y dice.) (¡Vamos!!) (Se acerca á Pedro que sigue en la ventana.) ¿Pero en qué pensais, que no os vais á dormir un poco? (Mientras está hablando, sube y bája la lámpara, de modo que la luz pueda verse del exterior.) (¡La señal está dada!)

PEDRO, ¡Pienso que se están batiendo... que se matan... que todo el país está envuelto en sangre y fuego... y el cielo que contempla estas infamias permanece impasible!... ¡Que no se altera el brillo de las estrellas!... ¡Que la naturaleza entera, insultando nuestros dolores, sigue su curso indiferente y tranquila! Pero en lo bajo de la cuesta... ¿qué significan aquellas sombras que se mueven y avanzan?... ¿Se dirigen al sendero de las breñas?...

ELENA. (Fingiendo admirarse.) ¡Sombras!

PEDRO. ¡No... no me engaño!... ¡á los rayos de la luna!... ¡sí, los reconozco!... ¡Los hulanos! ¡Sí, son ellos!

ELENA. ¡Estáis equivocado! ¡No puede ser!

PEDRO. ¡Oh! ¡Truenos de Dios! ¡Y toda la ciudad está dormida!... ¡Es preciso dar la señal de alarma! (Fijándose en el yunque; coge un martillo.) ¡Ah! ¡el yunque, sí!... ¡Pues nunca á esta hora se han escuchado sus sonidos!... ¡Llamemos á mis compañeros! (Golpea el yunque.)

ELENA. (¡La ciudad va á despertar, y todo se habrá perdido!)

EDUARDO y JULIAN. (Saliendo.) ¡Maestro!... ¿Qué pasa?

PEDRO. ¡Muchachos! ¡Á la campana, y que su voz metálica llame á nuestra gente! ¡Tocad! (Eduardo abre la puerta del foro, y él y Julián tocan á vuelo las campanas, cuyos sonidos, mezclados con los del yunque, forman un conjunto siniestro.)

EDUAR. ¡Ya se abren las puertas! ¡Ya llegan nuestras gentes! (Van entrando en la fragua el contramaestre, obreros y gentes de la población.)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, NUÑO, SUSANA y VALENTÍN.

NUÑO. ¿Qué ocurre?

PEDRO. ¡Los enemigos!

VAL. ¡Vengan armas!

PEDRO. ¿Armas?... ¡Aquí las teneis! (Señalándoles unos montones de fusiles, piquetas, etc., que habrá en un ángulo de la escena. Todos se precipitan sobre ellas. Pedro toma varios paquetes y reparte.) ¡Tomad cartuchos!

SUSANA. ¡Pedro! (Lanzándose á su hermano.)

PEDRO. (Rechazándola.) ¡Quédate aquí, y puesto que le amas, ruega á Dios por tu prometido! ¡Si está entre nuestros enemigos, caerá como los demás bajo el peso de nuestro furor!

TODOS. ¡Sí! ¡sí! (Vanse, menos Susana.)

ESCENA IX.

SUSANA, después DANIEL.

SUSANA. ¡Y se va sin otorgarme su perdón... sin darme un último abrazo!... ¿Qué debo hacer? (Rumores.) ¡Ah! ¡El combate da principio!... ¡Esos rumores!... ¡Esos gritos!... ¡Será que mueren los nuestros!... ¡Infelices!... ¡Serán esos gritos lanzados por los alemanes al ser rechazados!... ¡Dios poderoso! ¡Si Daniel estuviera entre ellos!...

DANIEL. (Que ha salido á las últimas palabras de Susana, con uniforme de oficial prusiano, que oculta una capa.) ¡Daniel está á tu lado, Susana! (Cierra la puerta del foro.)

SUSANA. (Dando un grito.) ¡Esa voz!... ¡Daniel! ¿Tú aquí?... ¿Es cierto?... ¿No me engañan mis ojos?... ¡Háblame!... ¡Habla, Daniel!

DANIEL. ¡Deja que te estreche sobre mi corazón!

SUSANA. (Temblorosa y con la vista extraviada.) Cuando vuelvan... ¡Desgraciado!... ¿Qué has hecho?... ¿Has podido afrontar?...

DANIEL. Los mayores peligro, pero nada me importa.

SUSANA. (Sin poder hablar.) Mi hermano te aborrece en estos momentos... y si te viera á mi lado...

DANIEL. ¡Me daría la muerte!... ¿Y qué?...

SUSANA. ¿Cómo has podido abandonar á los tuyos?

DANIEL. ¡Desertando!

SUSANA. ¡Qué escucho!...

DANIEL. Desde hace tres meses estoy loco... ¡Ah! ¡nuestras victorias!... Si pudiérais comprender el sentimiento que cada una me ha producido!... ¡No alegría; no orgullo nacional, sino la más cruel desesperación!... Y no creas que soy el único que piensa y siente así... ¡No, no!... ¿Acaso cada cual no tiene sus afecciones de familia... un amor?... ¡Así es que después de ese desastre sin nombre que en Sedán nos entregó un ejército entero, creimos que había llegado el término de ésta lucha sangrienta y despiadada en que siempre ganamos!... ¡Mi sueño fué corto!... Marchábamos sin saber á dónde se nos conducía. Un día se nos señaló una población situada sobre rocas lejanas... Todo mi ser se estremeció... Sentía que las fuerzas mo abandonaban!... ¡Esa población era Chateaudun!...

SUSANA. ¡Ah! ¡mi Daniel!... ¡cuánto habrás sufrido!

DANIEL. Pronto tomé mi resolución. Yo no podía combatir contra esta ciudad, donde corrieron los únicos momentos felices de mi vida!... ¡Dirán que soy un cobarde! ¡un traidor!... ¡Me fusilarán! ¡nada me importa! ¡Te sacri-

fico mi honra y mi vida!

SUSANA. ¡Ah!... ¡Daniel!... ¡Daniel!... ¡Cuánto te amo!... ¡Continúa la lucha!... (Yendo á la ventana.)

DANIEL. Ven. (Queriendo retirarla de la ventana.)

SUSANA. ¡Daniel! ¡mi hermano está allí!... ¡Se está batiendo!... ¡Dios mío!... ¡si le dieran muerte!...

DANIEL. ¡Calla! ¡calla!...

SUSANA. ¡Hermano mío!

DANIEL. ¡Susana!... ¡yo todo lo olvido!... ¡Olvida tú como yo!

SUSANA. ¿Qué quieres que haga?

DANIEL. Es preciso que huyamos.

SUSANA. ¡Huir!

DANIEL. ¡Sí!... ¡Ven!... Susana... que nos maldigan... que nos acusen!... No más guerra... ¡Tu amor!... ¡tu amor!... ¡nada más que tu amor! ¡Ven!... ¡Ven!... (Va á obligarla á que le siga.)

ESCENA X.

LOS MISMOS y ROBERTO, después ELENA, y á poco PEDRO, VALENTÍN y algunos obreros y pueblo.

ROB. ¡Alto ahí, señor doctor!

DANIEL. ¡Paso, ó desgraciado de tí!

ROB. ¡Tú eres el que estás perdido! (Gritando.) ¡Por aquí!... ¡Llegad pronto! ¿Venid todos!...

SUSANA. (Corriendo al encuentro de Elena.) ¿Y mi hermano?

ELENA. ¡Vuestro hermano ha sido herido!...

SUSANA. ¡Dios de misericordia!

PEDRO. (Sostenido por varios, entre ellos Valentín.) ¡No cesan de batirse!... ¡Dejad que muera á su lado!...

ROB. ¡Sabed que hay aquí un espía!

DANIEL. ¡Miserable!

PEDRO. (Acercándose á Daniel.) ¡Veamos! ¡Levanta la cabeza, y no ocultes tu rostro en la sombra! ¡Daniel! (El contramaestre aviva el fuego de la fragua que alumbra á Daniel.)

TODOS. ¡Dániel!

DANIEL. ¡Sí; me habeis reconocido! Yo lo celebro... ¡Soy yo,

que no pudiendo vivir por más tiempo sin ver á Susana... he desertado del campo de batalla para venir á darle el último abrazo! Miradme bien... ¡Alumbrad bien este rostro, y vereis clara la impostura de ese miserable!

ROB. ¡Yo afirmo que sois un espía! ¡Conoceis el país... y vos sois el que habeis indicado el camino de las breñas á los prusianos, y quien los ha guiado en las sombras de la noche!

DANIEL. ¡Infame calumnia! ¡Ah, pero vosotros no es posible que me creais capaz de semejante perfidia! ¡No; vosotros que me conoceis bien, no es posible que creais de mí tamaño crímen!

SUSANA. ¡Si ha vuelto, ha sido por mí!

ELENA. ¿Y por eso sin duda trataba de huir con vos?

ROB. ¡Quería huir con Susana, porque sabía muy bien que esta ciudad iba á ser destruida y saqueada, y quería libertarla!

DANIEL. Pedro, ¿podreis creer lo que ese hombre dice?

PEDRO. Los tuyos han tratado de entrar en la ciudad. ¿Tratarás de negarlo?

DANIEL. No lo niego. ¡Veo que todo me acusa!

PEDRO. Y nosotros te condenamos.

TODOS. ¡Sí! ¡sí! ¡muera el espía!

PEDRO. ¡Deteneos! ¡Nosotros no asesinamos! (Á los obreros.) ¡Atadle al yunque! (Le atan.) ¡Ha hecho traición á los que fueron sus amigos!... Ha indicado á los suyos los medios para destruir la ciudad que le acogió en su seno.

DANIEL. ¡Es falso!... ¡mentís! ¡Matadme, pero no imagineis de mí tal bajeza!

PEDRO. Para que su traición sea conocida por todos... vamos á trazar en su frente una señal imborrable que revele su infamia! (Al contramaestre.) ¡Enrojece un hierro

SUSANA. (Cubriendo á Daniel con su cuerpo.) ¡Pedro! Eso es horrible! ¡Mátanos á los dos!

ESCENA XI.

LOS MISMOS, EDUARDO, y después JULIÁN.

EDUAR. ¡Deteneos! ¡Deteneos!

PEDRO. ¿Qué quieres? ¡Habla pronto!

EDUAR. Julián, varios compañeros y yo, estábamos levantando una barricada en la entrada de la plaza, cuando vimos en la puerta de la casa del señor Roberto, un hombre que trataba de ocultarse en la sombra...

ROB. (Inquieto.) ¿En mi puerta?

EDUAR. ¡Nos inspiró sospechas y tratamos de apoderarnos de él! ¡Quiso huir, pero le fué imposible! Era un extranjero! Le registramos, y nos apoderamos de una gran cartera llena de papeles. ¡Cogí el primero que me vino á mano, y empecé á leer! Á las primeras palabras, creí que la razón me abandonaba, y haciendo un supremo esfuerzo, os los traigo, maestro, para que juzgueis.

ROB. ¡Dame! (Queriendo tomar los papeles.)

PEDRO. (Rechazándolo.) ¡Yo soy quien debe leerlos! (Empieza á leer con voz temblorosa.) «El señor Roberto, queriendo »servir á la Prusia, deberá...» ¡Prendedle! (Á los obreros y señalando á Roberto. Sigue leyendo.) «La señora Ele»na... deberá cuidar de que todos se hayan entrega»do al sueño en la fragua del llamado Pedro Roldán, »y una vez dormidos, asomará una luz á la...» (Cambiando de tono.)

ELENA. ¡Es falso! ¡Mienten esos papeles!

PEDRO. (Cogiéndole fuertemente por la muñeca.) ¡Ahora me explico por qué Roberto, ese miserable, venía tan á menudo á mi fragua! Ahora veo claro por qué teniaís tanta prisa porque me entregase al sueño. ¡Y esa luz... ya recuerdo! ¡En mi presencia habeis tenido la audacia de dar la señal de nuestra destrucción!... ¡Y acusabais á Daniel! ¿Por qué?... ¡Pronto! ¡Hablad, infame! (Obligándole á hablar á fuerza de apretarle las muñecas.)

ELENA. (Con voz ahogada.) ¡Roberto aborrece á Daniel porque es el preferido de Susana... y yo he querido perderle... porque le amo!

PEDRO. ¿Le amais?... (Delirante.) ¡Y tú, miserable!... ¡Te atreviste!... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Habías resuelto que yo aborreciese á mi hermana, tu rival!

ELENA. ¡Perdón!... ¡Perdón!...

PEDRO. ¡No, no me supliques tú, perjura á la amistad... á los hombres y á Dios!... ¡No! ¡No hay perdón para tí! ¡Vas á morir!

EDUAR. ¡Maestro! ¡Por el amor de Dios!... Detened vuestro brazo. (Cogiendo con ansiedad el brazo de Pedro.)

SUSANA. ¡Hermano! ¡vuelve en tí!

DANIEL. ¡Que esos miserables no logren convertiros en asesino

PEDRO. ¡Asesino!... ¿Quién?... ¿Yo? ¡No! ¡Seré su juez!

ELENA. ¡Pedro! (Suplicante.)

PEDRO. Por vuestra infame traición, los enemigos se hallan á las puertas de nuestra ciudad. ¡Nosotros derramaremos la última gota de nuestra sangre en su defensa, pero antes sereis castigados! ¡Nuño; llévate á esos infames, y que paguen con su vida la inícua traición que han cometido! ¡Daniel, sois libre!

DANIEL. No: estoy resuelto; yo no me separo de aquí, me batiré á vuestro lado. ¡Desde este momento soy francés!

PEDRO. ¡Gracias, Daniel (Le abraza. Se oye el estampido del cañón.) ¡El cañón nos llama! ¡Vamos á defender nuestra ciudad! ¡Venceremos, ó moriremos en defensa de la patria!

DANIEL. ¡Si, vamos! Y si es preciso morir, que nuestra sangre! mezclada forme el emblema de la unión, y brote con ella el gérmen de la paz univesal. (Se precipitan por la puerta del foro. Susana cae desmayada y Julián vuela á su socorro.)

FIN DEL DRAMA.

Homb.	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Administración
1	2	Por causa de mi hijo............	2	Adolfo Gil Porro.........	Todo.
»	»	Un Cupido de cien años..........	2	Augusto E. de Mádan.....	»
5	7	A casa con mi papá..............	3	Mariano Pina............	»
»	»	El agua de remozar..............	3	Augusto E. de Mádan....,	»
»	»	El bandido incógnito............	3	José Sanchez...........	»
7	3	El crimen de Faverne..........	3	Malvar y Chas de Lamotte.	»
»	»	El deber de un hombre honrado..	3	F. Barbero..............	Mitad.
»	»	El herrero de Chateaudun.......	3	Malvar y Chás de Lamotte.	Todo.
8	5	El hijo del Rastro...............	3	Roque F. Yzaguirre......	»
»	»	La comedia del mundo..........	3	Augusto E. de Mádan.....	»
»	»	La fiebre del día................	3	Rafael Torromé...........	»
8	2	La ley de la fuerza..............	3	Valentín Gómez..........	»
»	»	La ley ante la conciencia........	3	Antonio del Cosso........	»
»	»	La dama de las Camelias........	3	Luis Valdés..............	»
»	»	La inquisición en Venecia.......	3	José Sanchez............	»
5	4	La torre dels Cadells............	3	Pablo Montellá...........	»
»	»	Peraltilla.—c. o. v.....	3	Augusto E. de Mádan.....	»
»	»	Pold.—d. a. p	3	José Sánchez............	»
4	2	Religión ó fanatismo.—d. o. p...	3	Justo Rodríguez Alba.,...	»
4	3	Vivir de milagro.—c. a. p........	3	Navarro y Rivero....... ..	»
»	»	Wilfrida.—d. o. v...............	3	Augusto E. de Mádan.....	»

ZARZUELAS.

3	6	Á mata caballo...................	1	Sres. Garcia Valero y Jimenez.	L. y M.
»	»	De Madrid á la Luna.............	1	Cuenca y M. y T. Grajal..	L. y M
»	»	Cantar de plano................ .	1	Casimiro Espino..........	1/2 M.
12	7	El arte del toreo................	1	Monasterio y Parra.......	L.
»	»	El himno de Riego...	1	F. Fresneda.............	1/2 M.
»	»	El club de los feos..............	1	Rubio y Espino..........	M.
»	»	El grito en el cielo..............	1	Granés Navarro y Breton..	L. y M.
13	4	El país de la castaña............	1	Lastra, Ruesga, Prieto, Rubio y Espino............	L. y M.
»	»	El premio gordo.................	1	Rubio y Espino...........	M.
»	»	El teatro nuevo..................	1	Pina, Granés y Rubio.....	L. y M.
5	1	El Triunvirato................ ...	1	Soriano y Such...........	L. y M.
»	»	Fuegos artificiale...............	1	Vicente G.ª Valero.......	L.
5	1	Juanito Tenorio.................	1	Salvador M.ª Granés......	L.
3	2	Juegos Icarios...................	1	Mariano Pina............	L.
4	2	La ópera española..............	1	Eguilaz y Guerrero.......	L.
»	»	La niña de los lunares...........	1	Tomás Gómez...........	M.
»	»	La sobrina de mi tía.............	1	Francisco Sedó...........	M.
»	»	La vida madrileña...............	1	Pina D. y Offenbach......	L. y M.
7	3	La pequeña vía..................	1	Merino, y M. y T. F. Grajal.	L. y M.
9	4	La puerta del infierno....... ...	1	Delgado y Jimenez........	L. y M.
»	»	Les estrenes....................	1	Sorirno y Such...........	L. y M.
3	2	Maniá per lo italiá	1	Soriano y Such...........	L. y M.
11	2	Manicomio político..............	1	Granés, Grajal y Gómez...	M y 1/2 L.
4	2	Mister Puff.....................	1	Fambuena y Cortina......	L. y M.
3	2	Monomanía italiana.............	1	Soriano y Such...........	L. y M.
4	2	Muerto el perro.................	1	Monasterio y Hernández...	L. y M.
»	»	Pasados por agua...............	1	Flores G.ª y Cabas Galván.	L. y M.
4	3	Pepete.........................	1	Soriano y Peidró.........	L. y M.
»	»	Se afeita á domicilio........ ..	1	Monasterio y Hernandez...	L. y M.
3	2	Ser y no ser......	1	Soriano Ximenez.....	L. y M.
3	1	Se puede?.....................	1	Granés, Arenas y Nieto....	L. y M.
»	»	Toros en Vallecas...............	1	G.ª, Parra, Gascón y Hernz.	L. y M.
»	»	Tres y repique..................	1	Rubio y Espino..........	M.
1	1	Tula...........................	1	Salvador M.ª Granés......	L.
5	6	Vista y sentencia...............	2	Granés, Bretón y Gomez........	L. y M.
»	»	Cadiz.........................	2	Burgos, Chueca y Valverde	L. y M.
1	2	En el nombre del padre.........	2	Navarro, Granés y Rubio..	L. y M.
»	»	La Comedianta..................	3	Pina y Rubio............	L. y M.
4	2	La casa del diablo..............	3	Soriano y Ximenez........	L. y M.
»	»	Cleopatra..................... .	3	Mádan y Triay....	L.
»	»	Pablo y Virginia................		Mádan y Triay...........	L.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Antonio de San Martin*, Puerta del Sol; de *Don M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simon y Compañía*, calle de las Infantas; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle de San Martin 2; de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, *n.°* 12, y de *González é hijos*, Puerta del Sol, 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, **PARIS.** PORTUGAL; *D. Juan M. Valle*, Praça de D. Pedro, **LISBOA** y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardin, **PORTO.** ITALIA: *Cav. G. Lamperti*, Via Ugo Fóscolo, 5, **MILAN.**

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.